

Vida Internacional

KRUSCHEV RECORRE FRANCIA

El general De Gaulle obtuvo un triunfo diplomático evidente cuando consiguió que la Reunión en la Cima —que los ingleses querían a la brevedad posible— se postergara hasta después de que él también tuviera su propia reunión con Khrushchev. En el lapso comprendido entre esa victoria y la llegada de Nikita a París, De Gaulle aplastó la rebelión de los ultranacionalistas franceses de Argelia e hizo estallar la primera bomba atómica francesa en el Sahara. Con lo primero consolidó su posición política en el flanco derecho y pareció despejar el camino a un acuerdo de "cese del fuego" con los rebeldes del Frente de Liberación Nacional Argelino, y con lo segundo incorporó a Francia al llamado "Club Atómico", el más exclusivo del mundo ya que cuenta con sólo tres socios. Por otro lado, el enigmático general cuya pasión es la grandeza de Francia se mantenía en sus trece frente a la OTAN, precisamente para mantener a su país con la libertad de acción que él estima necesaria para la restauración de esa grandeza.

Con todo ello parecía que Khrushchev habría de encontrarse en París con un De Gaulle mucho más firme en todo sentido que el que se tomó el poder en mayo de 1958. Ya habrá oportunidad de ver si eso es efectivo.

En todo caso, en la segunda semana de marzo, el presidente de Francia se estaba preparando para recibir al dictador ruso en la tierra de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Los periodistas norteamericanos anotaron que De Gaulle se hizo proyectar varias veces las películas tomadas a Khrushchev en EE.UU. para estudiar mejor a su temperamental visitante.

Tal como se preveía, Khrushchev ha aprovechado su viaje para tratar de ensanchar la brecha existente entre Francia y sus aliados de la OTAN y, especialmente, para avivar los recelos franceses ante un posible resurgimiento de Alemania como potencia militarista. Pero es dudoso que pueda avanzar mucho por este camino.

Khrushchev tiene que haber advertido, por otra parte, que el completo éxito de la política de De Gaulle no deja de ofrecer también sus peligros para la Unión Soviética. Es cierto que dicho éxito significaría, si no la destrucción de la alianza atlántica, una ruptura muy favorable para los rusos, pero al mismo tiempo implicaría el aislamiento de Francia y la elevación de Alemania Occidental a la posición de potencia clave en Europa, con el consiguiente robustecimiento de su fuerza militar y el más completo respaldo de Estados Unidos. No sería tranquilizador para Rusia el resurgimiento del poderío militar de una Alemania dividida y naturalmente ansiosa de reunificarse. Tampoco lo sería para Francia, de modo que el espigado general y el rechoncho ucraniano están jugando con fuego y asumiendo para el logro de sus objetivos tácticos inmediatos lo que el difunto Mr. Dulles llamaba "riesgos calculados". Ni Washington ni Londres miran con simpatía tales manejos.

LAS PERSPECTIVAS DEL DESARME

Entre tanto, en Ginebra están reunidos los delegados de cinco naciones occidentales y cinco comunistas para tratar una vez más de llegar a un acuerdo sobre desarme. El resultado a que se llegue en esta reunión sería el mejor índice de lo que podría ocurrir en la proyectada reunión de los jefes de gobierno de los Cuatro Grandes, y así su importancia es grande.

En 1946, el plan Baruch de control internacional de la energía atómica, ofrecido por EE. UU., fue rechazado por los rusos. En 1948, Moscú se negó a aceptar el control internacional propuesto por una Comisión especial de las Naciones Unidas, y mientras tanto trabajan desesperadamente en su propia bomba atómica, hasta que en septiembre de 1949 hicieron estallar la primera. A comienzos de 1952, la Asamblea General de la NU creó una Comisión de Desarme y desde entonces esta Comisión ha tenido toda clase de reuniones y transformaciones, sin que prácticamente se haya avanzado un paso. La gran dificultad ha sido la del control del desarme, pues los occidentales no aceptan ningún plan que no comprenda alguna forma de vigilancia o comprobación de su cumplimiento, en tanto que los rusos miran como espionaje intolerable la aplicación de cualquiera

medida de control. Sin que una comisión u organismo internacional inspeccione lo que realmente esté ocurriendo en el territorio de ese Estado totalitario y policiaco que es la Unión Soviética, los occidentales no pueden saber si Moscú cumple o no lo pactado. Por el contrario los rusos no necesitan comisiones de control para enterarse de lo que hacen las democracias, cuya prensa y partidos de oposición se encargan de exponer a la luz pública cuanto hacen y no hacen los respectivos gobiernos.

En septiembre del año pasado, Khrushchev propuso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas un plan de desarme total realizable progresivamente en un plazo de cuatro años al final de los cuales todas las espadas estarían convertidas en arados. Dicho plan incluía la aceptación de alguna forma de control, pero sólo en principio y vagamente, como dejando el punto relegado entre las cuestiones secundarias. Según dicho plan, que sigue válido como oferta rusa, las principales potencias comenzarían por reducir sus fuerzas armadas; en una segunda etapa las liquidarían y evacuarían todas sus bases situadas en territorios extranjeros, y, finalmente, destruirían todas sus armas nucleares y cohetes. La fabricación de elementos para la guerra química y bacteriológica quedaría prohibida. El plan es práctico, es emocionalmente atractivo y tiene para Occidente un solo vacío: ¿Cómo asegurarse de su cumplimiento?

¿Cómo tener garantías del cumplimiento de cualquier plan de desarme que no sean las meras seguridades dadas por el gobierno ruso? Se podrán forjar planes y planes con infinitas variantes, a cual más ingeniosas, pero mientras no haya control internacional, no habrá desarme. Creer lo contrario es pura ilusión.

En un solo punto puede haber progreso, pero más aparente que real, es posible que se produzca un acuerdo de suspensión de las pruebas nucleares, sin control, tal como el que hasta ahora existe tácitamente. No hay necesidad de que una comisión internacional se halle tras las fronteras soviéticas para que Estados Unidos se enteren de que Rusia ha hecho estallar una bomba nuclear, y viceversa. Sólo las explosiones subterráneas son imposible de detectar y en el hecho los rusos pueden haber estado haciéndolas en los últimos meses.

Es posible también que se llegue a un acuerdo parcial tendiente a producir una distensión en Europa Central, pero semejante progreso está estrictamente ligado a lo que se logre en torno al problema de Berlín. Y en este no se ha avanzado prácticamente nada porque, por otro lado, tampoco se ha progresado en la cuestión general del desarme. Es un círculo infernal.

Entre tanto, siguen almacenándose en los arsenales secretos de Rusia y Estados Unidos los cohetes capaces de llevar bombas de hidrógeno a miles de kilómetros de distancia en cuestión de minutos.

LA CRISIS CUBANO-NORTEAMERICANA

El embajador norteamericano Bonsal ha vuelto a La Habana pocos días después de que la más violenta crisis en las relaciones de Cuba con EE. UU. se había apenas apaciguado. Fue la que provocó Fidel Castro con su declaración de que "funcionarios del gobierno de Estados Unidos" eran los causantes de la explosión del barco francés "La Coubre", que desembarcaba municiones para el Ejército rebelde en un muelle de La Habana. Con su declaración temeraria y falta de pruebas, Castro cometió un grave error diplomático; quedó sin defensa ante el golpe que en seguida y obligadamente le propinó Herter al llamarlo "irresponsable". Con su misma ligereza, el Primer Ministro cubano hizo pensar que un gobierno que así procedía en el delicado terreno diplomático bien podía no disponer las cosas con la eficiencia necesaria para impedir una explosión tan desastrosa en su propia capital.

La sangre no llegó al río y Bonsal ha sido enviado de vuelta a La Habana para que su gobierno pueda estar representado en el terreno mismo por un diplomático con la capacidad suficiente para impedir el agravamiento de la crisis. Porque —puede temerse— las relaciones cubano-norteamericanas están expuestas a pasar por pruebas mucho mayores que las conocidas hasta el presente. Estados Unidos es una gran potencia —una de las dos mayores del mundo— y Cuba un pequeño país de 6.500.000 habitantes más bien pobres, pero no por eso deja de constituir un quebradero de cabeza para el gobierno de Washington. Este no puede hacer de Cuba, no ya una Hungría americana —cosa imposible—, sino ni siquiera una evocación de Guatemala,

cosa muy pensable. El problema del Departamento de Estado es que está obligado a tener paciencia y a tragar saliva, en gran parte como consecuencia de sus errores pasados, esperando entre tanto que Castro se enrede en sus propios errores. Pero el barbudo Primer Ministro tiene aún mucha cuerda en qué enredarse y desenredarse...

Las inversiones norteamericanas en la Isla han sido calculadas entre 500 y 800 millones de dólares (depende en gran parte del valor que se atribuya a las propiedades agrícolas) y ellas están siendo expropiadas sin la pronta y justa compensación que exige el Departamento de Estado). Esto es motivo de grave preocupación para las autoridades norteamericanas, no sólo por el daño que así se causa a ciudadanos del país sino por el pernicioso ejemplo que podría constituir para otros países de América Latina, donde hay inversiones mucho más valiosas aún. Con todo, la acción diplomática de Estados Unidos frente a esta cuestión ha sido extremadamente cauta y prudente. Ello se debe a que el problema político es mayor, aún que el económico y, en cierto sentido, Washington puede perder más que La Habana con un agravamiento de la tensión al crearse un serio problema con proyecciones en todo el hemisferio americano y al convertir en cabeza de puente del poder soviético en América lo que hoy es sólo una grieta.

Paradojalmente, Estados Unidos se encuentra semidesarmado frente a Cuba por disponer de un arma tan poderosa que sólo puede usarla en penúltimo extremo. Aun disponiendo de bombas atómicas en abundancia, el ejército norteamericano no las usó en Corea porque el conflicto era demasiado chico para la bomba y su empleo habría sido contraproducente. De tal manera, Estados Unidos se encontró en igualdad de condiciones con Corea del Norte. Algo parecido está ocurriendo con Cuba, por el momento al menos. Washington dispone de una especie de bomba atómica que es la cuota de tres millones de toneladas de azúcar fijada a Cuba para su venta en el mercado norteamericano a un precio casi doble del mercado mundial. En esta forma, Cuba percibe no menos de 120 millones de dólares adicionales y, desde luego, asegura la colocación de la mitad de su azúcar, base insustituible de sus exportaciones.

El presidente Eisenhower declaró expresamente que la Carta de la Organización de Estados Americanos prohibía toda intervención —incluso la económica— de un Estado en los asuntos de otro y que la supresión de la cuota de azúcar cubana constituiría una especie de intervención. Hasta el momento, pues, dicha cuota no ha sido tocada, pero el Ejecutivo norteamericano ha solicitado al Congreso que se prorrogue por otros cuatro años la "Sugar Act", que regula el comercio de este producto en EE.UU., concediendo al mismo tiempo al gobierno la facultad de modificar por decreto las cuotas asignadas a cada uno de los 15 países que venden en el mercado norteamericano. Cuba es el principal de esos países.

Como represalia por la expropiación de empresas norteamericanas en la Isla, Washington podría así rebajar la cuota cubana por el monto que estimase conveniente. No por eso, de acuerdo con lo dicho por Eisenhower dejaría de haber intervención, y todo el mundo estimaría que se trata, ante todo, de una contramedida norteamericana para intimidar a Fidel Castro. Aunque varios países latinoamericanos tienen interés en que se rebaje la cuota de azúcar cubana para que se aumente otro tanto la de ellos, no parece que semejante medida tuviese mucho éxito de opinión en América Latina y bien podría ella resultar contraproducente.

A raíz de la visita de Mikoyan, Cuba firmó con Rusia un convenio por el cual asegura la colocación de un millón de toneladas anuales de azúcar, durante cinco años, a un precio que resulta un tanto inferior al del mercado mundial. En un mercado saturado de azúcar y para un país que produce más de seis millones de toneladas al año, el acuerdo dista de ser una solución completa. Constituye un aivio y, sobre todo, un arma política. Los norteamericanos saben que, llegado el caso, Rusia podría absorber perfectamente toda la producción cubana, sea para su propio consumo, que es aún muy bajo (16 lbs. anuales per capita contra 80 lbs. en Europa Occidental), sea para transferirla a China. Pero, naturalmente, los cubanos perderían el sobreprecio que obtienen con su cuota en el protegido mercado norteamericano y que representa, como se decía, alrededor de 120 millones de dólares anuales.

Bajo la espada de Damocles que representa la reforma de la "Sugar Act",

cuya caída parece aún dudosa y poco recomendable, el gobierno cubano prosigue su inquietante evolución política. Después de la salida del joven y eficiente ministro de Obras Públicas, Ray Riveros, y de Felipe Pazos de la presidencia del Banco Central, Rufo López Fresquet quedó, en el Ministerio de Hacienda, como la figura más tranquilizadora para la clase media ilustrada que apoyó a Castro y al 26 de Julio contra Batista. Ahora, López Fresquet también ha salido y, con la resonante renuncia del representante cubano ante la Junta Interamericana de Defensa, Castro ha recibido un nuevo golpe desde el exterior. Mientras tanto, en el interior, la oposición, por lo menos la periodística, ha ido sucumbiendo bajo la implacable acción del gobierno revolucionario, que considera que está contra la Revolución todo el que no está incondicionalmente con ella. Es un camino peligroso, cuyo fin es imprevisible.

EBULLICION ELECTORAL EN AMÉRICA LATINA

En agosto pasado, ante los Cancilleres del continente, reunidos en Santiago, el de Cuba, Dr. Raúl Roa, anunció que su gobierno estaba dispuesto a celebrar un referéndum, en el plazo de seis meses y con asistencia de observadores internacionales, para que el pueblo cubano se pronunciara si quería no elecciones. No parece que en Cuba vaya a haber elecciones a plazo breve, pero si las ha habido o las habrá pronto en otros países de América Latina, y con resultados no siempre alentadores.

Las que tuvieron lugar en Colombia el 20 de marzo significaron la derrota de los conservadores que bajo la dirección del viejo Ilder Laureano Gómez, apoyaban el entendimiento con los liberales durante diez años más de tregua política. A los 71 años, Laureano Gómez y sus seguidores han tenido que renunciar a la dirección de su partido, para ser reemplazados por Ospina Pérez y Alzate Avendaño, el ex ministro de Rojas Pinilla, quien ha mirado el cambio como un comienzo de rehabilitación de su persona y su gobierno. Para un país donde profundos odios políticos son aún vivo rescoldo bajo una tenue capa de ceniza y donde existen gravísimos problemas económicos, el resultado de las últimas elecciones puede ser el comienzo de una crisis incalculable.

Si las elecciones del domingo 20 significaron una derrota para Lleras Camargo y su política, las del domingo

27 en la Argentina no fueron en modo alguno una victoria para el presidente Frondizi. Gracias al discutible sistema electoral argentino, que da los dos tercios de los representantes al partido que obtiene la más alta votación y excluye la representación proporcional, la Unión Soviética Cívica Radical Intransigente —partido de gobierno— conserva el control del Congreso Federal aunque por muy estrecho margen. En cambio, el principal partido de oposición, el Radical del Pueblo, ganó la votación popular, y los votos en blanco, emitidos por los peronistas comunistas, superaron también a los obtenidos por los candidatos afectos al gobierno. La política de "austeridad" de Frondizi, que ha significado una considerable reducción de la capacidad de consumo de las clases populares es la que se ha visto condenada por el electorado. Aunque no de manera tan directa o clara, una política semejante, la del presidente Alessandri, en Chile, se verá sometida al veredicto popular en las elecciones municipales del 3 de abril.

Pero, dado el predominio que tiene el Ejecutivo en la marcha del Estado latinoamericano, son las elecciones de Presidente las que más apasionan a la opinión de nuestros países. Ya hay tres campañas en desarrollo para terminar en otras tantas elecciones en el curso de este año. En Ecuador, la elección parece circunscrita a dos candidatos que ya han conocido el triunfo y el poder: los ex presidente Galo Plaza y José María Velasco Ibarra; en Bolivia se da por descontado el triunfo de otro ex presidente, Víctor Paz Estensoro, contra su ex ministro y compañero fundador del M.N.R., Walter Guevara Arze, que ahora encabeza la fracción disidente del mismo M.N.R., constituida en partido independiente con el apelativo de Auténtico. Sólo en Brasil los ex presidentes (los largos años de gobierno de Getulio Vargas no dejaron mucho lugar para expresidentes) no están en campaña. En cambio, cosa nada rara en América Latina, lo está un ex ministro de Defensa Nacional y uno de los 38 mariscales del país, Enrique Teixeira Lott, el hombre fuerte del gobierno de Kubitschek, y su opositor es un delegado, nervioso elocuente abogado de Sao Paulo: el ex gobernador Janio Quadros, quien promete dar color y dramatismo a la más importante elección de este año en América Latina. Tiempo habrá de volver sobre este tema.

ALEJANDRO MAGNET